

INTRODUCCIÓN GENERAL AL ADVIENTO Y DOMINGO PRIMERO.

Nunca ha sido bueno que haya personas que dirijan su mirada en una sola dirección. Si miran sólo hacia el pasado, se quedan en la simple nostalgia; si lo hacen exclusivamente hacia el presente, olvidan sus raíces y se quedan sin fundamento. Si les preocupa sólo el futuro, difícilmente podrán esperar sin apoyos de ahora o de antes.

La grandeza del Adviento está en que hace mirar en las tres direcciones. La liturgia actualiza el pasado, ilumina desde él el presente e impulsa hacia un futuro que, por lo que aconteció y lo que acontece ahora, está sólidamente apoyado. Es otra manera de decir que celebramos las tres venidas del Señor: la histórica, la permanente presencia en la vida de la Iglesia y la Parusía como consumación de todo, meta de todas las promesas.

Los futuros de los que nos habla el Adviento no son homogéneos. Los hay de largo alcance y de llegada inmediata. Ni el propio Isaías sabía cuándo habrían de tener lugar sus anuncios. Muchos de ellos, y en plenitud, aún no se han alcanzado, aunque estemos ahora disfrutándolos en parte y es sin duda el tiempo verbal que más se usa en todo el año. Pero al notar que el profeta siempre apoya sus predicciones en la seguridad de las promesas divinas, se advierte la confianza en que se cumplirán. Son anuncios que rezuman seguridad. Son futuros que dependen de Dios y saldrán adelante.

Y al mirar esos apoyos, ¿quién puede dudar de nuestro presente? Sobre todo al saber que celebramos el cumplimiento de lo más importante: “He aquí que la Virgen concebirá un Hijo y le pondrá por nombre Emmanuel que significa Dios-con-nosotros”.

Por eso el creyente no puede ser persona de mirada en una sola dirección. El remoto pasado nos invita al cercano pasado y éste al presente de la permanencia del Dios “que ha visitado a su pueblo”.

¿Y en que otro apoyo podía fundamentar Jesús el anuncio de su venida al final de los tiempos? Si Él vendrá es porque ha venido y si está entre nosotros es porque vino. Es la justificación de este tiempo de esperanzas. Pero aún es mayor la actualidad cuando descubrimos que estamos llamados a realizar lo hecho y a volver a empezar lo acabado. ¿Preparó Juan los caminos del Señor? Claro que sí. Pero se nos invita a prepararlos aquí y ahora. ¿Se allanaron montes, se enderezaron caminos y se allanaron valles en su tiempo y por su palabra? Desde luego; y sin embargo se nos llama a continuar haciéndolo.

Si nos atenemos a la frase del Bautista: “En el desierto preparad el camino al Señor” nos sentiremos aparentemente no escuchados como Juan se sintió en su tiempo. Pero se formaron colas para recibir el bautismo de conversión. A pesar de tanto

desierto. Hasta físico. Y al caer en la cuenta de que hoy como ayer hay muchos que preparan la venida, que viven la esperanza, que se alegran de la actualización sacramental que la Liturgia nos ofrece de la espera y de la venida, el desierto es menos y la alegría mayor porque, además de estar, se Le espera. Y casi sin querer nos hemos topado con la mirada al presente. Siempre que se aguarda algo en nombre de unas promesas fiel y puntualmente cumplidas, esa esperanza es fundada. Se parece mucho a la de los profetas.

El Adviento es un gran acto de fe en que lo que sirvió hace dos mil años sigue en vigor, tan actual como entonces. Es la afirmación de que todo aquello que se anuncia como inminente: “Hacia Él caminarán las naciones, confluirán pueblos numerosos”; “nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas”; “de las espadas forjarán arados; de las lanzas, podaderas”; “sales al encuentro del que practica la justicia y se acuerda de tus caminos”; “defenderá con justicia al desamparado, con equidad dará sentencia al pobre”; “aquel día se dirá: Aquí está nuestro Dios, de quien esperábamos que nos salvara”... se ha cumplido, se está cumpliendo y que se cumplirá en plenitud al final de los tiempos.

Es el Adviento una solemne afirmación de la permanente actualidad de Dios en las limitaciones que el tiempo supone para el hombre. Porque hablar de Dios como “actual” es como poner límites a su eternidad; es limitarle a un tiempo que, por muy largo que sea, siempre será límite. Por eso es sólo una manera de hablar.

Esa actualidad, sin embargo, nos la presenta la Liturgia tal como es: ilimitada y eterna en sus dimensiones, pero cercana y limitada por las señales que nosotros podemos interpretar. Más todavía: las celebraciones del Adviento nos acercan tanto la expectación de muchos siglos que parece corta; nos muestran tan próxima la prolongadísima esperanza de un pueblo, que se nos antoja corta.

El Catecismo de la Iglesia Católica amplía también esta espera a los pueblos paganos, “aunque confusa”(522). Y otra vez tenemos que afirmar la vigencia de un adviento constante en quienes a tientas y a ciegas, pero con esfuerzo y resolución, buscan afanosamente a Dios entre los múltiples “semina Verbi” diseminadas en todo lugar y en muchas creencias.

Durante este tiempo, la Iglesia quiere y proclama la conversión como preparación para la venida de Cristo. Hay que destacar un aspecto de tal conversión, algo que la hace original y propia de este momento. Lo que Juan predicaba a orillas del Jordán era un bautismo de penitencia para quienes aguardaban desde la fe, para los que esperaban en las promesas. Ello hace suponer que, a pesar de su creencia, de su capacidad de espera, de su fidelidad a Yavé y a sus anuncios de salvación, algo había en la vida de aquéllos no inundado aún por la fe, no empapado por la salvación que Dios les había otorgado ya, aunque en nombre de Aquel cuyos caminos preparaban.

Desde la Liturgia, la Iglesia nos habla a quienes creemos, a quienes hemos puesto en Dios la esperanza. Y lo primero que necesitamos es introspección. Desde la luz que el Espíritu nos otorga, podemos ver los “espacios” que aún no están

sintonizados con el Evangelio; las franjas de existencia a las que no ha llegado la conversión porque hemos puesto diques al torrente de salvación.

Los personajes que nos salen al encuentro estos días están a caballo entre los dos Testamentos. Acaso sea más exacto decir que son amigos de Dios por las dos Alianzas. Desde la primera esperan; y son inmediato preludio y “puente” de la segunda. Son testigos de algo que pocos entendieron entonces y que muchos siguen sin comprender ni aceptar: que Cristo es la Palabra definitiva; que no vendrán tras Él otros salvadores. Lo entiende el Bautista cuando quiere disminuir a costa del crecimiento de Cristo. Lo quiere el Profeta, para quien después, en el tiempo futuro que él entrevé, todo será mejor. Lo quiere la Virgen Santísima, no sólo al escuchar al ángel Gabriel, sino al cantar la gloria de quien viene a enriquecer a los pobres y a dejar a los poderosos con las manos vacías. Vive la Iglesia la gozosa novedad, única e irrepetible, de ver a su Excelsa Madre distinguida entre todos los mortales por su Concepción Inmaculada, obra que solamente desde Cristo era posible; como solamente la obra del Espíritu podía hacerla fecunda en su virginidad.

Son demasiadas novedades como para pensar que todo iba a ser igual.

Es el Adviento un inmenso juicio de Dios sobre la historia. Revelado desde siglos al pueblo elegido mediante los Patriarcas y Profetas, y preparando una estirpe en la carne para el Hijo, ha ido declarando escasa la esperanza y, sobre todo, escasos los que se fiaban de las promesas. En el momento de la Encarnación, muy poquitos se enteraron y creyeron en los escandalosos signos que se les ofrecieron. Hoy, el Evangelio sigue entre nosotros denunciando la indiferencia de los más ante la presencia permanente de Cristo, o la hostilidad de quienes no quieren ver la indisoluble vinculación de Cristo con la Iglesia, de su Palabra con la de la Iglesia, de su salvación con la de la Iglesia.

La mirada del creyente hacia el pasado (promesas), hace que su fe tenga raíces tan profundamente clavadas en Dios que se siente constantemente invitado a iluminar desde el pasado el presente.

Cuando mira el ahora mismo, verá al mismo Cristo presente en la Iglesia, actualizando su salvación mediante los Sacramentos, haciéndola visible en los signos de la Liturgia, comprometiendo a los suyos en el anuncio de la Palabra y en la vida vivida según el Evangelio.

Cuando la vista se dirige al mañana, se está convencido de que el futuro sólo es de Dios, y que sólo desde Él puede mirarse. Más aún: que sólo quienes ven así el mañana lo podrán hacer distinto. Porque lo hará Él y no nosotros. Cuando los hombres han hecho la historia ellos solos, ya sabemos lo que les ha salido. Cuando la han hecho desde Dios (Isaías, Juan Bautista, María), ya sabemos lo que ha ocurrido. Porque también para ellos hubo un mañana, que leyeron desde Dios. Y lo grande es que en ese “mañana” estaba presente Jesucristo.

DOMINGO 1º: VELAR

I. Felipe Fernández Caballero

II. Sagrada Congregación para el Clero

I. MENSAJE CENTRAL

Hay que estar en vela. Esperamos que se muestre el Señor Jesús. Si el Señor viene, todo será restablecido, el mundo y cada uno de nosotros.

Guía para lectura y predicación del CEC, Ciclo B. (Subcomisión Episcopal de Catequesis (SEC))

Los que vuelven del destierro encuentran su casa y su patria desoladas. Solamente Dios puede sacarlos de tal situación. Invocado como “padre” y “redentor”, títulos que por cierto no se habían dado antes más que a Abraham, induce a pensar que fue este el camino a través del cual Dios fue descubierto por el pueblo como Padre y Salvador.

En Cristo, la paternidad y la redención se manifestarán plenamente; mientras tanto, son los signos humanos de Jesús los que nos muestran tales atributos.

Sólo en Dios, la realidad que rodea al hombre y el hombre mismo tienen sentido y fundamento. “Sales al encuentro del que practica la justicia”, es decir, la justicia y la salvación divinas son el horizonte y la referencia de la actuación humana. No es alienación ni lejanía; es acercamiento de la acción salvadora de Dios.

No parece posible vivir sin esperanza. El que no la tiene es como si estuviera muerto. Una manera de muerte es que la vida carezca de sentido. Hoy nos encontramos con gentes que no tienen norte; o porque lo han perdido o porque nunca lo han conocido. Incluso habrá quien siga creyendo que la vida carece de sentido.

LA FE DE LA IGLESIA

Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa”.

“¿Cuándo? Sin duda en el último día; al fin del mundo. En efecto, la resurrección de los muertos está íntimamente asociada a la Parusía de Cristo: El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar (1 Ts 4,16)” (CEC1001).

_ El Adviento, actualización de la espera de Cristo:

“Al celebrar el Adviento, la Iglesia actualiza la espera del Mesías: participando en la larga preparación de la primera venida del Salvador, los fieles renuevan el ardiente deseo de su segunda venida. Celebrando la natividad y el martirio del Precursor, la Iglesia se une al deseo de éste: ‘Es preciso que Él crezca y que yo disminuya’ (Jn 3,30)” (CEC 524).

_ La esperanza se apoya en las promesas divinas:

“Podemos, por tanto, esperar la gloria del cielo prometida por Dios a los que le aman y hacen su voluntad. En cada circunstancia cada uno debe esperar, con la gracia de

Dios, 'perseverar hasta el fin'... En la esperanza, la Iglesia implora que 'todos los hombres se salven'. Espera estar en la gloria del cielo, unida a Cristo, su esposo" (CEC 1821).

_ Por la esperanza aguardamos la vida eterna:

"La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo" (CEC 1817).

_ "Espera, espera, que no sabes cuándo vendrá el día ni la hora.

Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque su deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve largo. Mira que mientras más peleares, más mostrarás el amor que tienes a tu Dios y más te gozarás con tu Amado con gozo y deleite que no puede tener fin (Santa Teresa de Jesús, excl. 15,3)" (CEC 1821).

Antífona de entrada.

Expresa la actitud de la Iglesia:

* oración ferviente: "A ti, Señor, levanto mi alma, Dios mío, en ti confío".

* espíritu de espera confiada: "Dios mío, en ti confío...pues los que en ti confían no pueden quedar defraudados"

Oración colecta:

Señala,

* el *objeto* de la esperanza: el encuentro con el Señor el día del juicio, en que realizará la separación definitiva de los elegidos

* su *fin*: participar con Él del reino eterno

* el *carácter dinámico* de la esperanza: "salir" al encuentro del Señor "acompañados por las buenas obras"

LECTURAS

1ª. El profeta Isaías. Raíces esenciales de la esperanza:

Is 63, 16-17,10;64,2-7

Dios viene al encuentro de cuantos se vuelven a él, justos y pecadores

* El Señor es nuestro padre, nuestro creador, nuestro redentor; nunca ha defraudado a los que esperan en él;

* el pecado del hombre no debe disminuir ni anular la esperanza sino, por el contrario, desear la venida del Señor y pedirla a grandes gritos;

* el Señor saldrá al encuentro del que practica la justicia y se acuerda de sus caminos

•

2ª. Pablo. Razones de la esperanza cristiana:

1Cor 1, 3-9

Dios, que nos ha llamado a participar en la vida de Jesucristo, nos mantendrá firmes hasta el final.

Nuestra esperanza se apoya en:

- * la gracia que se nos ha dado en Cristo Jesús, con la que hemos sido enriquecidos;
- * es Cristo quien nos mantendrá firmes;
- * la fidelidad de Dios que nos ha llamado a participar de la vida de su Hijo

3^a. Evangelio: El talante cristiano de la esperanza:

Mc 13, 33-37

No sabemos cuándo vendrá el Señor. Hay que permanecer alerta, realizando la tarea que nos ha sido encomendada

- * esperar, apoyados en la certeza de la venida del Señor;
- * velar, realizando la tarea encomendada.
- * percibir la presencia del Señor en medio de los suyos: no como el amo de la casa que dirige visiblemente las faenas de sus criados, sino como el Dueño ausente ("se marcha de viaje") que confía a cada uno su tarea.

HOMILÍA

1. La Iglesia inicia hoy el tiempo litúrgico del Adviento. Está marcado por la espera de Alguien que venga a dar sentido a nuestra vida presente y a ofrecernos un horizonte último de seguridad, de justicia y de paz. El Adviento es, más que ningún otro, tiempo de esperanza.

2. Pero, ¿es posible alimentar la esperanza en un panorama como el actual?

Nuestra generación está siendo sacudida por acontecimientos que inclinan a la resignación en el presente y justifican el escepticismo respecto del futuro. En una situación como ésta, es muy difícil que florezca la esperanza. "Aferrarse a la tierra es la primera tentación de nuestra época" (Cardenal Martini)

3 Las razones de nuestra esperanza no son nuestras; su fundamento último es Jesucristo.

- Él ha venido en la humildad de nuestra carne, con su muerte ha vencido a la muerte, y con su Resurrección nos ha abierto las puertas de la vida.

- Esperamos porque Él ha venido, y porque nos ha dicho que vendrá a entregar al Padre su Reino. Esperar al Señor que llega, es el mensaje del Adviento.

4. ¿Qué es entonces la esperanza?

* Es la certeza de que Cristo anda también sumergido en las oscuridades de

nuestro presente, y de que vendrá un día para cumplir esta promesa. Ya, muchos siglos antes, había dicho el Señor a Jeremías: “*Hay esperanza para el futuro. Yo lo afirmo*”. Esperar es, en último término, confiar en Dios y en su palabra.

- Es el estilo de vida de quienes se enfrentan a la realidad “enraizados y edificados en Cristo”. Nace del Señor y se apoya en él. “*Mire cada cual como está construyendo, pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo*” (1 Cor. 3, 10-11)

Consigna de Pablo, a las primeras comunidades cristianas: “*Ya que habéis aceptado a Cristo Jesús como Señor, vivid como cristianos; enraizados en él, id construyéndoos sobre él; apoyados en la fe tal como os enseñaron, rebosando agradecimiento*” (Col 2, 6).

– Ahí está el secreto de la esperanza, y ahí puede estar también el verdadero pecado contra la esperanza: Dios la ha introducido en el mundo, y nosotros seguimos actuando como si nada nuevo hubiera sucedido. La vida, animada por el Espíritu del Señor Resucitado, camina hacia un futuro de plenitud, pero nosotros seguimos viviendo como si el Espíritu nos hubiese dejado abandonados al borde del camino.

5. La esperanza cristiana, como la de los profetas, se alimenta de la oración.

El cristiano hace suya la plegaria de Isaías: “*Ojalá rasgases el cielo y bajes*”. El pueblo de Israel se hallaba en aquel momento en una situación desesperada; apenas regresado del destierro, sus ilusiones de una vida mejor habían topado con la dura realidad de la inmoralidad y la injusticia, que habían vuelto a instalarse en medio de él. Pero cuando se habían desvanecido sus esperanzas humanas, resurgió su confianza en Dios: “*Tú eres nuestro padre, tu nombre de siempre es ‘nuestro redentor’*”. Vuélvete por amor a tus siervos y a las tribus de tu heredad”; reconoció su culpa e imploró la salvación: “*Estabas airado, y nosotros fracasamos: aparta nuestras culpas y seremos salvos*”

1. La esperanza sitúa al cristiano en estado de alerta, porque no sabe cuándo es el momento de la llegada del “*dueño de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer*”.

Es preciso abrir los ojos, vigilar, velar. La comunidad que aguarda la venida del Señor Jesús ha de vivir esa espera con la tensa expectación de quien no aguarda un bien lejano o ausente, sino al Cristo que ya se ha hecho sacramentalmente presente. En realidad, nada nos separa de él.

7. La presencia del Señor es un don del Padre: con su paso por nuestra vida, nos dice san Pablo, “*hemos sido enriquecidos en todo*”, “*de hecho, no carecéis de ningún don, vosotros, que aguardáis la manifestación de nuestro Señor Jesucristo*”.

Pero ese don conlleva una tarea. ¿Somos conscientes los cristianos del compromiso que contraemos cuando confesamos que “*el Señor vendrá con gloria*”?

8 Quien confiesa su fe en la venida del Señor está manifestando su esperanza en una humanidad donde la justicia, la libertad y la vida no son promesa vacías, sino

gozosa realidad, posible desde ahora. Construir esa nueva humanidad es la tarea que el dueño de la casa dejó, al marchar, a cada uno de sus criados. “*Velad entonces, porque no sabéis cuando vendrá*”

Oraciones sobre las ofrendas y después de la comunión.

Expresan la dimensión sacramental de la esperanza:

- * la acción santa que celebramos es prensa de salvación eterna
- * en la eucaristía descubrimos el valor de los bienes eternos y ponemos en ellos nuestro corazón

II. Sagrada Congregación para el Clero

Primera: Is 63, 16-17.19; 64,1-7; Segunda: 1Cor 1,3-9; Evangelio: Mc

NEXO entre las LECTURAS

Actitud vigilante entre la espera y la esperanza: aquí está el punto nuclear de las lecturas litúrgicas. El evangelio repite por tres veces: "vigilad, estad alerta, velad", porque no sabéis cuándo llegará el momento, cuándo llegará el dueño de la casa. En la primera carta a los corintios, Pablo habla de esperar la manifestación de nuestro Señor Jesucristo, que "os mantendrá firmes hasta el fin". La bellísima invocación a Dios del tercer Isaías expresa el deseo de que el Señor irrumpa con su poder en la historia, como si se tratase de un nuevo Éxodo, recordando que "Tú, Señor, eres nuestro padre".

MENSAJE DOCTRINAL

El día del Señor.

En el adviento la tradición de la Iglesia ha unido dos venidas: la del Verbo en la debilidad de la carne, que celebraremos el día de Navidad, y la del Señor en la majestad de su gloria, que pertenece, en cuanto al tiempo y al modo de realizarse, al reino del misterio escondido en el corazón del Padre. Entre ambas corre un hilo de continuidad: la venida histórica de Jesús preanuncia y anticipa en cierto modo su venida última, al final de la historia; quien sale con gozo al encuentro de Jesús de Nazaret en el misterio de su nacimiento, no tiene motivo para temer o desesperar del encuentro postremo y definitivo con el Cristo glorioso, Señor del universo y de la historia. Para el fiel cristiano, el día del Señor no tiene por qué estar revestido de escenas de miedos atenazadores, de horribles fantasmas paralizantes, de visiones apocalípticas deslumbrantes. Con san Pablo, el cristiano está seguro de que "el Señor os mantendrá firmes hasta el fin, para que nadie tenga de qué acusaros en el día de nuestro Señor Jesucristo" (segunda lectura). El día del Señor reclama al cristiano, y a todo ser humano, a la responsabilidad de cara al misterio infinito de la encarnación y de la redención.

Certeza e ignorancia.

La revelación de Dios nos ha desvelado la certeza de la última venida de Jesús, al final de los tiempos. De esto no podemos tener duda alguna los cristianos. Pero Dios nos ha dejado en oscuridad respecto al tiempo y a la manera en que tendrá lugar la parusía. Se ve que para Dios estas cuestiones carecen de importancia. Dios no se revela para satisfacer nuestra curiosidad ni para arrancar de nuestra alma la

saludable esperanza; se revela para nuestro bien y para nuestra salvación. La ignorancia sobre el cuándo y el cómo nos mantiene a los hombres, generación tras generación, en estado de alerta y vigilancia, que es a lo que Jesús nos invita en el evangelio.

Abandono en las manos del Padre.

Junto a esta actitud evangélica, el texto de Isaías nos propone la actitud de abandono filial, pues Dios es nuestro padre y nuestro libertador, nuestro alfarero y nosotros somos su arcilla. Una actitud que se obtiene y configura de manera especial en la plegaria, crisol del espíritu filial y de la fe sólida en Dios. Este espíritu filial hace gritar al profeta con envidiable confianza: "¡Ojalá rasgases el cielo y bajases". Cinco siglos después el deseo se convertiría en realidad con la encarnación del Verbo. Cuando en los designios de Dios esté determinado, el cielo volverá de nuevo a rasgarse y aparecerá el hijo del hombre para juzgar a vivos y muertos y para establecer definitivamente su reinado de justicia, de amor y de paz.

SUGERENCIAS PASTORALES

¡Vigilancia! Llega la Navidad.

En nuestra sociedad corremos el peligro de "pasar bien" la Navidad, como se pasan bien las vacaciones estivales o un día de fiesta nacional. Es decir, vamos quizás a la misa de gallo, porque "tradición obliga", adornamos nuestra casa con un arbolito de luces y un belén, festejamos en familia con un banquete opíparo, vemos en televisión algún programa relativo a las fiestas navideñas, hacemos hermosos regalos a nuestros amigos y seres queridos, reavivamos los lazos familiares en torno al hogar... ¡todas ellas, cosas buenas! Pero la sustancia de la Navidad, el misterio más sublime de la historia: Dios entre nosotros, Emmanuel, se nos escapa como agua entre los dedos de las manos o se diluye como el humo en nuestra mente superficial y poco propensa a la meditación seria de las cosas que realmente valen la pena. Hoy la liturgia nos dice: ¡Atentos! Vigilad para no perder la ocasión de meditar en algo importante, de valorar debidamente el misterio que vamos a celebrar.

¡Vigilancia! Eres pecador.

No sabemos ni el día ni la hora en que vendrá el Señor al término de la historia, pero sí conocemos su venida histórica. ¿Cometeremos la criminal osadía de vivir despreocupados, a sueldo dañoso de pecador empedernido, ajenos del todo al Niño divino de Belén y al Señor de la gloria? Somos pecadores. Llevamos en nosotros la querencia al pecado. No podemos dejar de vigilar para que la llegada del Señor nos encuentre preparados, engalanados con el vestido de boda. Somos pecadores: la Navidad nos recuerda que el Hijo de Dios se ha hecho hombre para redimir al hombre del pecado. ¡Recordemos! ¡Vigilemos! Que la venida histórica de Dios entre los hombres reavive nuestra conciencia de pecadores y nuestra necesidad de salvación. La Navidad no es sólo tiempo para sentimientos de ternura, de intimidad, de fiesta; lo es también para despertar del letargo nuestra conciencia y "hacer nacer a Dios" en nuestro corazón.